

## LA VOLUNTAD PROPIA SEGÚN SAN BERNARDO

El tema de la *voluntas propria* es un tópico que dice relación con todo cristiano, es más, con todo hombre, de una forma u otra, por motivos que irán esclareciéndose a lo largo de estas páginas. Ya San Agustín decía que “el primer pecado, el primer defecto voluntario, es gozarse de la propia voluntad, porque se goza de algo que es inferior a la voluntad divina, la cual es mayor...”<sup>1</sup>, y así

la mutabilidad del alma racional obliga a reconocer que sólo por participación del bien inmutable puede ser justa, salvada, sabia, bienaventurada, y que, por su propia voluntad, no puede ser para sí misma un bien, sino un mal. Por su propia voluntad se aparta del bien inmutable, y por esa aversión queda viciada. Ya no puede curarse a sí misma, sino por la gratuita misericordia de su Creador, por la que el alma, que en esta vida vive de fe, se constituye en esperanza de salud eterna<sup>2</sup>.

En el marco de la vida monástica la *voluntas propria* adquiere particular importancia, siendo la lucha contra ella uno de los desafíos que nos acompañan a lo largo de toda la vida. Este tema atraviesa toda la misma *Regla de San Benito* y está presente ya en la dedicatoria de la *Regla*:

A ti, pues, se dirigen estas mis palabras, quienquiera que seas, si es que te has decidido a renunciar a tus propias voluntades y esgrimes las potentísimas y gloriosas armas de la obediencia para servir al verdadero rey, Cristo el Señor<sup>3</sup>.

Idéntica llamada de atención contra la voluntad propia se repite a lo largo de varios capítulos y en diferentes situaciones: “nadie se deje conducir en el monasterio por la voluntad de su propio corazón”<sup>4</sup>; “aborrecer la propia voluntad” es uno de los instrumentos

1. AGUSTÍN de HIPONA, *Epístola* 118, 3, 15.

2. *Ibid.*, 140, 31, 74.

3. *Regla de San Benito*, Prólogo, 3 (en adelante abreviada: *RB*).

4. *Ibid.*, 3, 8.

de las buenas obras<sup>5</sup>; es condición indispensable para una verdadera obediencia<sup>6</sup>; su prohibición está avalada por la Escritura<sup>7</sup> y el no amarla constituye la esencia del segundo grado de humildad de la escala benedictina<sup>8</sup>.

La *voluntas propria* evidentemente no es un tema original de la obra de Bernardo de Claraval, pues ya desde los inicios de su vida monástica en Cister había tenido oportunidad de confrontarla en la *Regla*, pero su contribución a la hora de describir su realidad, sus efectos y las formas prácticas de enfrentarla, sí tiene mucho de novedoso e imperecedero. El tema lo encontramos presente, igual que en la *Regla* de San Benito, a lo largo y ancho de toda la obra literaria de San Bernardo, y expuesto en diferentes circunstancias y ante diversos auditorios. En algunas obras le dedica una atención particular (por ejemplo en el *Tratado sobre el amor de Dios* y en los *Sermones en el día de Pascua*), pero es necesario recurrir a la totalidad de su obra para encontrar los matices complementarios dispersos que integran la doctrina del Santo. Es lo que intentaremos hacer en esta ocasión, sistematizando alrededor de diferentes aspectos las ideas bernardianas diseminadas en su amplísima producción literaria.

Si el tema del amor es central en la doctrina bernardiana, el estudiar la voluntad propia, debido a que es lo opuesto al amor, equivale a acercarnos al amor desde su vertiente negativa. Esto solo justifica la importancia del tema y las consecuencias prácticas que de él podemos sacar para nuestro aquí y ahora como cristianos, quizá monjes.

## 1. Antropología de la voluntad

En el *Tratado sobre la gracia y el libre albedrío* Bernardo expone su antropología de la voluntad, necesaria para poder comprender los aspectos positivos de la facultad volitiva en el hombre y, por contraste, la falacia de ésta cuando se orienta en dirección contraria a aquella para la que fue creada.

El hombre comparte con los animales y los árboles realidades tan básicas como los sentidos y el apetito, pero es su voluntad la que lo diferencia de ellos, siendo ésta la única que hace capaz a la criatu-

5. *Ibid.*, 4, 60.

6. *Ibid.*, 5, 7.12.

7. *Ibid.*, 7, 19-22.

8. *Ibid.*, 7, 31-33.

ra racional de sentir la miseria o la felicidad; en caso contrario, también los seres irracionales serían susceptibles de dicha o desgracia, lo cual es a todas luces un absurdo. La facultad volitiva en el hombre es una realidad tan importante que, sin su consentimiento, la criatura racional no podría hacer ni el bien ni el mal, de lo cual se deduce que “el consentimiento de la voluntad, libre y espontánea, nos hace justos o pecadores, desdichados o dichosos”<sup>9</sup>; a partir de esto San Bernardo define el libre albedrío como “el consentimiento que procede de la libertad inamisible de la voluntad y del juicio escrupuloso de la razón”<sup>10</sup>.

Ahora bien, sólo la voluntad del hombre, porque es libre, es acreedora de mérito y de juicio. La voluntad “como no puede menos de obedecerse a sí misma, es imposible que carezca de libertad”<sup>11</sup>, lo cual la hace una realidad dinámica con posibilidad de cambios, sólo a condición de que cambie su decisión y sin perder nunca la libertad. De aquí Bernardo deduce que la libertad del hombre se asienta en su voluntad, y por eso sólo se juzga ella misma, de manera que

ni la torpeza, ni la fragilidad de la memoria, ni la ansiedad del apetito, ni el embotamiento de los sentidos, ni la debilidad de sus fuerzas, hacen por sí mismos culpable al hombre. Como tampoco reporta mérito alguno poseer los dones contrarios. Por la siguiente razón: todo esto acontece ordinariamente de manera inevitable y al margen de la voluntad<sup>12</sup>.

La libertad frente a la coacción conviene por igual e indistintamente tanto a Dios como a las criaturas racionales, sean buenas o malas, y así el hombre se hace bueno o malo libremente, por iniciativa propia, pues

cuando la voluntad humana consiente en practicar el bien con la ayuda de la gracia, el hombre es bueno y libre a la vez, porque obra espontáneamente y sin que nadie le obligue. Y si consiente libremente en el mal, el hombre se hace malo por iniciativa y decisión propia, porque se deja llevar de su voluntad y sin que nadie le obligue a ser malo<sup>13</sup>.

La libertad de la voluntad humana es un derecho inalienable, incluso en el caso de que el hombre opte por el mal, pues esta libertad subsiste siempre aun cuando el entendimiento esté esclavi-

---

9. BERNARDO de CLARAVAL, *Tratado sobre la gracia y el libre albedrío*, 4.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*, 5.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*, 9.

zado. La diferencia entonces entre el hombre malo y el bueno es que, el que opta por el bien, tiene la libertad de su voluntad más ordenada<sup>14</sup>.

Como criaturas dotadas de voluntad libre podemos ser dueños de nosotros mismos. Nuestra voluntad fue creada por Dios en el bien, y esta voluntad cuando se conserva libre eligiendo el bien nos hace propiedad de Dios y dueños de nosotros mismos, pero cuando elige el mal dejamos de pertenecerle y nos sometemos al demonio. No obstante, sea cual sea nuestra elección voluntaria (Dios o el diablo), el libre albedrío y la razón del mérito permanecen, pues debemos tener en cuenta que "quien nos hace esclavos del demonio no es el libre albedrío, sino nuestra propia voluntad", mientras que "quien nos somete a Dios es su gracia, no nuestra voluntad"<sup>15</sup>. A pesar de que nuestra voluntad fue creada por Dios recta y buena, la experiencia del pecado nos muestra que sólo será perfecta cuando se someta plenamente al Creador.

El hombre recibió en su creación la posibilidad de evitar el pecado y el poder evitar la turbación juntó a la perfecta libertad de elección, pero al pecar pasó del poder no pecar al no poder no pecar, y de la posibilidad de evitar la turbación a una turbación inevitable; sin embargo, algo no perdió: la libertad de elección<sup>16</sup>. Esto explica el que existiendo una doble violencia, pasiva y activa, contra la voluntad libre del hombre, sólo la activa por ser voluntaria sea a la vez inexcusable, pues "el mal que se hace en nosotros, o que procede de nosotros, no se nos debe imputar si es contra nuestra voluntad. Pero si lo ponemos por obra nosotros, la voluntad ya no está exenta de culpa"<sup>17</sup>. Para ilustrar estas ideas Bernardo trae a colación el ejemplo del Apóstol Pedro quien, al negar a Cristo por miedo a la muerte, pecó con el consentimiento de su propia voluntad, débil y miserable, pero enteramente libre<sup>18</sup>; el caso contrario sucedía en aquellos cristianos que, porque tenían una voluntad sana, podían ser martirizados por confesar a Cristo, pues aunque sus cuerpos estaban a disposición de los verdugos, por la voluntad permanecían libres<sup>19</sup>. A aquellos otros que querían evitar la muerte, aclara Bernardo, no era la espada la que los movía a renegar, sino

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*, 18.

16. *Ibíd.*, 21.

17. *Ibíd.*, 40.

18. *Ibíd.*, 38.

19. *Ibíd.*, 40.

la voluntad que imperaba en su interior, la cual ante la amenaza simplemente se ponía de manifiesto. Otro tanto ocurría con San Pedro, cuya voluntad débil no nació sino que se manifestó en el momento de la prueba.

Cuando Bernardo habla de voluntad propia, no siempre apunta a sus notas negativas, sino también a un estadio anterior como facultad que, como hemos visto, por ser libre puede orientarse hacia el bien o el mal. El mismo tratamiento ya lo encontramos en la *Regla de San Benito* cuando en el contexto de la cuaresma, bajo determinadas condiciones (con el beneplácito del padre espiritual), el monje puede “según su propia voluntad, ofrecer a Dios con gozo del Espíritu Santo, algo por encima de la norma impuesta”<sup>20</sup>.

Así Bernardo es consciente de que “sólo la voluntad embellece y da valor a las obras, y sin ella no se hace nada bueno, aunque lo parezca”<sup>21</sup>, pudiendo definir al hombre perfecto como “aquel cuya voluntad se une a la gracia con todos sus afectos y deseos de tal modo que no desea hacer cosas malas, ni imperfectas, ni de modo distinto a como le sugiere la gracia”<sup>22</sup>. Por el contrario, puede darse el caso de que la voluntad de alguno esté obstinada en algo; a éste le recuerda que “sin romper el corazón es imposible convertirse a Dios de todo corazón” y que “no se puede seguir al múltiple —Dios: *El espíritu del Señor es múltiple* (Sb 7, 22)— sin múltiples rupturas”<sup>23</sup>.

La experiencia nos dice que cuando en nuestro actuar de cada día la voluntad quiere introducir una intención no tan pura, esto puede convertirse en ocasión de escándalo. En esta situación resuena la palabra del Salvador aconsejándonos arrancar y arrojar todo aquello que nos induce al pecado (Mt 18, 9). Si esto hacemos, sin duda ofrecemos a Dios un sacrificio voluntario, pues “violentamos voluntariamente la voluntad”, animados de una razón suprema por excelencia: Dios mismo, a pesar de que por nuestra condición dicho sacrificio pueda resultarnos difícil y trabajoso<sup>24</sup>. En esta entrega está el secreto de la paz, pues “mientras la voluntad se oponga a la razón, queriendo algo distinto o consagrándote a otra cosa, ¿cómo vas a tener paz, si no puedes poseerte a ti mismo?”<sup>25</sup>.

20. *RB*, 49, 6.

21. BERNARDO de CLARAVALL, *Sermones varios*, 41, 4.

22. *Ibid.*, *Sermones en la fiesta de San Miguel*, 2, 4.

23. *Ibid.*, *Sermones sobre la Cuaresma*, 2, 5.

24. *Ibid.*, *Sermones sobre el Salmo XC*; 9, 1.

25. *Ibid.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

## 2. Definiciones descriptivas de la *voluntas propria*

Las definiciones de la voluntad propia como tales son relativamente escasas en la obra de Bernardo, abundando en cambio las descripciones de las que podemos inferir los rasgos esenciales. No obstante, encontramos algunas definiciones que, aunque en algunos casos puedan referirse a realidades opuestas, se iluminan mutuamente.

Bernardo diferencia claramente una *voluntas común* y una *voluntas propia* basándose en el doble movimiento de nuestra voluntad según el objeto que elija, sin por ello querer significar la existencia de dos facultades volitivas en el hombre. Son más bien dos maneras de querer, esencialmente opuestas entre sí, de forma que definiendo una, por antítesis se puede definir la otra.

Para Bernardo "la voluntad común es el amor" (*communis voluntas caritas est*)<sup>26</sup>, y así define la voluntad propia como "la que no es común con Dios y con los hombres, sino únicamente nuestra" (*Voluntatem dico propriam, quae non est communis cum Deo et hominibus, sed nostra tantum*)<sup>27</sup>. Poniendo lado a lado ambas voluntades "es muy fácil distinguir lo que procede de la voluntad propia o del amor, porque son dos eternos rivales"<sup>28</sup>, pues "la caridad es otra cosa diametralmente opuesta: la caridad es Dios"<sup>29</sup>. De dicha oposición se comprende que "la voluntad propia está siempre en guerra abierta contra él", de manera que "lo único que Dios odia y castiga es la voluntad propia"<sup>30</sup>.

Opuesta frontalmente a la caridad, a Dios, la voluntad propia puede incluso asimilarse al mismo infierno: "cese la voluntad propia y no habrá infierno. El fuego eterno solamente se ceba en ella"<sup>31</sup>. No obstante, debido a la posibilidad de cambio que tiene la voluntad si cambia su deseo<sup>32</sup>, "si lo aceptamos, la voluntad propia se convierte en común"<sup>33</sup> y, de hecho, si esto hacemos "al desprendernos de ella no perdemos nada, sino que salimos ganando, porque la cambiamos por otra mejor: la voluntad propia se hace común"<sup>34</sup>.

26. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 2, 8.

27. *Ibíd.*, 3, 3.

28. *Ibíd.*, 2, 8.

29. *Ibíd.*, 3, 3.

30. *Ibíd.*

31. *Ibíd.*

32. *Ibíd.*, *Tratado sobre la gracia y el libre albedrío*, 5.

33. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

34. *Ibíd.*, 2, 8.

En *De diligendo Deo* Bernardo llama a la *voluntas propria* "ley de esclavos y asalariados" que, con respecto a ellos mismos es autoimpuesta y con respecto a Dios es ley opuesta a la ley divina, que es la *caritas*. Ahora bien, aunque el hombre pueda hacer mal uso de su libertad y pervertir su voluntad erigiéndola en ley de sí mismo, no por ello queda excluido de la ley divina, sino que sigue supeditado a ésta: "Han podido hacer su propia ley, pero no han podido sustraerse al orden inmutable de la ley eterna"<sup>35</sup>. Dicha voluntad propia es verdaderamente una imitación perversa del Creador, por querer los hombres ser ley de sí mismos a la manera de Dios y tener como ley la propia voluntad:

Yo diría que cada uno se fabrica su ley cuando prefiere su propia voluntad a la ley eterna y común, queriendo imitar perversamente a su Creador. Porque así como él es la ley de sí mismo y no depende de nadie, también éstos quieren regirse a sí mismos y no tener otra ley que su propia voluntad<sup>36</sup>.

Ígual pensamiento expresa en las *Sentencias*: "El hombre por un orden perverso quiere imitar en esto a su Creador, para que, como éste es ley de sí mismo y por su propio derecho, este otro (el hombre) se siga a sí mismo en estas cosas y se haga como ley su propia voluntad"<sup>37</sup>.

Si en *De diligendo Deo* la perversidad de la voluntad propia es dada por el hecho de preferirse como ley de sí misma a la voluntad común y eterna, siendo su paga el que no por eso pueda sustraerse a la ley divina, sino que permanece sujeta al orden inmutable y necesario de la ley eterna, en los *Sermones en el día de Pascua* Bernardo ahonda las facetas de esta perversidad. La voluntad propia ataca al mismo Dios no sólo por querer sustraerse a su divina ley, sino por pretender usurpar lo propio del ser divino:

Escuchen y tiemblen los esclavos de la propia voluntad, con qué saña ataca al Señor de la majestad. En primer lugar se hace independiente y al declararse autónoma se sustrae de aquel a quien debe servir como Creador suyo. Pero no se contenta sólo con esto. En cuanto de ella depende, se apropia y saquea todo lo que es de Dios<sup>38</sup>.

Ahora bien, el ataque al Creador se convierte en un verdadero crimen al querer destruir la esencia del ser supremo:

35. *Ibid.*, *Tratado sobre el amor de Dios*, 36.

36. *Ibid.*

37. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 94.

38. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

¿Si al menos quedara satisfecho con todas estas cosas, y no se ensañara —causa horror decirlo— contra el mismo Creador! Porque, en cuanto de ella depende, la voluntad propia mata al Creador. Desearía que Dios fuese incapaz de castigar sus pecados, o bien que no quisiera hacerlo o que los desconociese. Es decir, que en vez de ser Dios, fuese impotente, injusto e ignorante<sup>39</sup>.

por lo que puede ser catalogada como “la maldad más cruel y detestable”, pues “intenta destruir el poder, la justicia y la sabiduría de Dios”<sup>40</sup>. En las *Sentencias* Bernardo dirá que todo aquel que “abusa de su propia voluntad, se esfuerza por una rapiña en parecerse a Dios y se convence de privar a Dios, en cuanto es posible, de su dignidad y singular excelencia”<sup>41</sup>.

Esta voluntad propia es descrita también como un vicio<sup>42</sup>, una enfermedad pésima y peligrosa por el hecho de ser interna<sup>43</sup>, la cual es madre de la vanidad y el deleite (*vanitas et voluptas*)<sup>44</sup>, cuya naturaleza es tal que es imposible armonizarla con la verdad<sup>45</sup>. Su realidad importa a todo hombre, pues dormita en su interior, pudiendo, una vez despertada, apartarnos de Dios si le damos cabida:

La libertad que Cristo nos concede consiste en que ninguna criatura puede apartarnos ni arrancarnos violentamente de él. Sólo podemos abandonarlo nosotros mismos, arrastrados por la voluntad y seducidos por nuestra concupiscencia... Lo único que debemos temer no es la violencia de los demás, sino la voluntad propia, que duerme en el interior,

lo que lleva a Bernardo a concluir que es posible que el pecado nos aceche desde afuera, pero como el deseo depende siempre de nosotros, sólo se nos pide que nos neguemos a abrirle y le rehusemos el consentimiento<sup>46</sup>.

Otro motivo para estar en guardia contra la *voluntas propria* radica en que “desde su primera transgresión, el hombre siente un amor innato a su voluntad propia”<sup>47</sup>, pero ésta no puede salvarlo, pues “abandonando la voluntad del Creador, se convirtió ella misma en esclava por intentar ser independiente”<sup>48</sup>. En las *Sentencias* Bernardo

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 94.

42. *Ibid.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 71, 13.

43. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

44. *Ibid.*, *Sermones varios*, 21, 2.

45. *Ibid.*, *Sermones en la Ascensión del Señor*, 6, 13.

46. *Ibid.*, *Sermones varios*, 11, 1.

47. *Ibid.*, 41, 4.

48. *Ibid.*



hablará de “jornadas o descensos” por los que el hijo se aleja del padre hacia una región lejana, o “grados descendentes de ruina” en los que el hombre incurre. En ambos casos “la primera bajada de la primera caída fue el corte o la separación de la altísima o íntegra voluntad, de todos los bienes, presumiendo usurpar para sí la voluntad propia”<sup>49</sup>, siendo esta presunción de la voluntad propia el primer grado descendente de la ruina del hombre<sup>50</sup>.

### 3. Símbolos e imágenes

La teología monástica se caracteriza por su rico simbolismo, que en parte cumple la misma función que el concepto en la teología de corte más escolástico. En la obra literaria de Bernardo de Claraval la simbología es riquísima y en el tema que nos ocupa, las imágenes y los símbolos dan vida y color a las definiciones descriptivas de la voluntad propia.

Así, la *voluntas propria* es comparada a un yugo pesado e insoportable que nos dobla sobre nosotros mismos poniéndonos al borde del infierno, que es otro de los símbolos empleados para describirla<sup>51</sup>: “¡Qué yugo tan pesado e insoportable el de todos los hijos de Adán, que aplasta y encorva nuestra cerviz y pone nuestra vida al borde del infierno!”<sup>52</sup>. Este yugo es a la vez descrito como un “cuerpo de muerte que abrumba y aplasta”<sup>53</sup>, verdadero peso intolerable que debe soportar como justa retribución todo aquel que desecha el yugo suave del Señor (la caridad) prefiriendo su propia voluntad pervertida,

porque es propio de la ley santa y eterna de Dios que quien no quiere guiarse por el amor, se obedezca a sí mismo con dolor. Y quien desecha el yugo suave y la carga ligera de la caridad, se ve forzado a aguantar el peso intolerable de la propia voluntad<sup>54</sup>.

Esta imagen del yugo nos pone en la presencia de la curvatura, del *anima curva*, que es otra de las imágenes que Bernardo emplea al referirse a la *voluntas propria*. El hombre “hecho a imagen de Dios,

49. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 94.

50. *Ibid.*, 95.

51. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

52. *Ibid.*, *Tratado sobre el amor de Dios*, 36.

53. *Ibid.*

54. *Ibid.*

debe mantener su espíritu erguido en rectitud”, por lo que el Abad de Claraval se pregunta: “¿Habrá deformidad mayor que llevar un alma encorvada dentro de un cuerpo bien erguido?”, agregando a continuación:

Es algo perverso y abomitable que un vaso de barro, como es el cuerpo terreno, mire libremente al cielo con sus ojos, se recree con el espectáculo de los astros; y que por el contrario, su forma celeste y espiritual, es decir, sus facultades internas y su afecto, tenga clavados los ojos en lo bajo de la tierra. Y la que debía criarse entre púrpura se revuelque en el barro, y se abraza al estiércol como una puerca<sup>55</sup>.

Toda alma encorvada por la voluntad propia está incapacitada para amar al esposo, pues es amiga de este mundo, ya que “buscar y saborear lo que hay sobre la tierra es curvatura del alma, y, al contrario, meditar y desear lo de arriba es rectitud”<sup>56</sup>. El hombre, *capax Dei*, es desfigurado por el encorvamiento hacia lo terreno, de manera que alejado de la caridad divina y las cosas de Dios se ve obligado a vivir sujeto al temor del justo castigo divino que, si el alma estuviera erguida, podría evitar.

Bernardo encuentra en el corazón del hombre dos clases de lepra: la voluntad propia y el juicio propio<sup>57</sup>, la primera de las cuales, por su ambición de despojar a Dios de lo que le es propio, intentando incluso aniquilarlo, es descrita como “una bestia cruel, una fiera sin entrañas, una loba sanguinaria, una lepra implacable. Es la lepra horrosa del alma”<sup>58</sup>. Otros símbolos animales aplicados a la voluntad propia son aquellos de “víbora cruel y dañina de la cual debemos guardarnos”<sup>59</sup> y la sanguijuela, de la que “como de una raíz, nacen dos hijas: la vanidad y el deleite, que jamás se sacian ni dicen basta”<sup>60</sup>.

En los *Sermones super Cantica* Bernardo hablará de los “aljibes de la propia voluntad” los cuales son incapaces de retener las aguas de la sabiduría, realidad que se traduce en la vida de un corazón carente de devoción<sup>61</sup>. Otro símbolo que hace referencia al interior del hombre es aquel que compara la voluntad propia con un tumulto interior que impide todo verdadero sosiego: “Mientras sigues tu propia

55. *Ibid.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 24, 6.

56. *Ibid.*, 24, 7.

57. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

58. *Ibid.*

59. *Ibid.*, *Sermones varios*, 11, 3.

60. *Ibid.*, 21, 2.

61. *Ibid.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 51, 3.

voluntad, no puedes librarte del tumulto interior, aunque alguna vez te parezca enajenarte de las solicitudes externas”<sup>62</sup>.

La *voluntas propria* es homologada por Bernardo con el camino de los impíos, los cuales, según atestigua la Escritura, *no cesan de dar vueltas* (Sal 11, 9). Así, la voluntad propia “es un camino ancho, que no tiene ningún margen a derecha ni izquierda, y no sabe de leyes ni de transgresión”<sup>63</sup>. La misma imagen aparece en otras obras de Bernardo como “la senda de los pecadores que es el mundo o la voluntad propia, la cual no es otra cosa que la soberbia”<sup>64</sup>, o “el camino de los pecadores que es la voluntad propia por la cual van y vienen y de ambas partes le salen al encuentro pecados”<sup>65</sup>.

En las *Sentencias* encontramos un nuevo símbolo para la voluntad propia en la imagen del castillo interior que se rodea de obstinación, todo lo mira desde la atalaya de la soberbia, se defiende a fuerza de excusas y subsiste alimentándose de placeres perversos: “Dentro de nosotros tenemos un castillo, que está contra nosotros, es decir la voluntad propia, cuyo muro es la obstinación, cuya torre es la soberbia, cuyas armas son las malas excusas; cuyo alimento, los placeres perversos”<sup>66</sup>; el muro de este castillo es descrito como obstinación “porque a todo lo que se le manda, el hombre de tal manera resiste con ánimo obstinado”<sup>67</sup>.

Ya hemos hecho alusión a la posibilidad que tiene la voluntad de cambiar, si accede con su consentimiento libremente<sup>68</sup>, y gracias a lo cual puede, si quiere, tornarse en voluntad común<sup>69</sup>. En esta misma línea Bernardo se refiere a la *voluntas propria* como a una moneda o un precio con que podemos comprar tres aromas para el alma: “Compremos tres aromas para el alma: sentimientos de compasión, empeño por la equidad y espíritu de discreción. Y paguémoslo con la moneda de la voluntad propia”<sup>70</sup>. Basándose en la misma imagen, en otro lugar describe los aromas con matices ligeramente diferentes: “el

62. *Ibid.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

63. *Ibid.*, *Sermones varios*, 1, 3.

64. *Ibid.*, 72, 2.

65. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 21.

66. *Ibid.*, 12.

67. *Ibid.*, 24.

68. *Ibid.*, *Tratado sobre la gracia y el libre albedrío*, 5.

69. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

70. *Ibid.*, 2, 8.

alma da la moneda de la propia voluntad y adquiere el sentimiento de la compasión, el celo de la justicia y el discernimiento para aconsejar"<sup>71</sup>.

De una manera elocuente al decir Bernardo en el *Sermón a los clérigos sobre la Conversión*, de qué forma la voluntad del hombre resiste a la voz divina por la gula, la curiosidad, la soberbia y todos los sentidos carnales, pinta a la voluntad propia como una vieja furiosa (*vetula furens*), que haciendo uso de toda clase de gestos y argumentos, reclama a la pobre voluntad del hombre las posiciones que una posible conversión amenaza con arrebatarle:

La vieja furiosa da un salto hacia fuera; y olvidando su agotamiento, se planta desgreñada, harapienta, con sus pechos al aire, rascándose las úlceras, rechinando los dientes, apergaminada y corrompiendo el ambiente con sus bocanadas fétidas. Si le quedase una pizca de razón debería abochornarla este enfrentamiento con su pobre voluntad. Pero al contrario se le encara con esta invectiva: "¿Eso es fidelidad para con tu consorte? ¿Así te compadeces de quien ya no puede sufrir más? ¿Por qué te empeñas en intensificar el dolor de mis llagas? Creíste que era justo sustraer algo de mi excesiva dote; pero, ¿con qué me quedo si me quitas esto? Fuiste de lo más tacaño con esta pobre enferma y recuerdas perfectamente los mil agasajos que antes te prodigaba. Pero ahora es posible que se haya borrado de tu memoria, que no de la mía, la triple maldad de este pésimo achaque que me atormenta. Porque soy curiosa, caprichosa y ambiciosa. Y esta triple llaga desde la planta de los pies hasta la coronilla, no deja nada sano en mí (...) ¿Y eres tú el que ahora intentas arrebatarme esa migaja de consuelo que siempre voy mendigando?". Retírase, al fin, indignada y furiosa, refunfuñando: "Lo tengo y lo poseeré por mucho tiempo"<sup>72</sup>.

#### 4. Efectos característicos

La ya abundante doctrina de San Bernardo sobre la voluntad propia, expresada en sus descripciones y simbología, se completa con otra igualmente abundante referencia a sus efectos característicos.

La *voluntas propria* debido a su perversidad ofende a Dios, de lo cual dan testimonio nuestras mismas conciencias<sup>73</sup>, por lo que

71. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 58, 1.

72. *Ibíd.*, *Sermón a los clérigos sobre la Conversión*, 10.

73. *Ibíd.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 19, 7.

Bernardo recuerda a todos “los que están manchados con la doble lepra de la voluntad y del juicio propio” que el Espíritu “rechaza la impureza de la voluntad propia y no admite la rebelión obstinada del juicio propio”<sup>74</sup>.

De la voluntad propia “proceden todos los males, lo mismo que de la común brotan los bienes”<sup>75</sup> y, de hecho, trastorna de tal manera la intención interior del hombre que éste ya no desea algo “para gloria de Dios y utilidad de los hermanos, sino para nuestro provecho personal; nuestro fin no es agradar a Dios y ser útiles a los demás, sino satisfacer nuestras ambiciones”<sup>76</sup>, ambición que ya no conoce límites, pues “al que se deja llevar de la voluntad propia no le basta el mundo entero”<sup>77</sup>.

La *voluntas propria* degrada de tal forma la vida del hombre que “nos impide trascender la ley de la justicia, permanecer en Dios, en su luz, en su reposo y en su gloria”, y aunque como ya hemos apuntado no nos exime del sometimiento a su poder, sí “nos excluye de su felicidad”<sup>78</sup>. No sólo es maledada la relación con Dios, sino también nuestras relaciones con los hermanos, pues el que se deja llevar por su propia voluntad se engaña y sólo se compadece de sí mismo, siéndole imposible compadecerse del hermano, amar el bien y odiar el mal<sup>79</sup>. Esta deformidad de la justa visión sobre las relaciones con Dios y con el prójimo encuentra su causa en que la voluntad propia es “el peor enemigo del espíritu de discreción, pues trastorna el corazón y ciega la razón”<sup>80</sup>.

Cegados por la voluntad propia, nos vemos impedidos de librarnos del tumulto interior que la caracteriza<sup>81</sup>, nos vemos arrastrados sin reservas a entregarnos a los placeres<sup>82</sup>, reducidos a esclavitud y avergonzados<sup>83</sup> y, en definitiva, empujados a caer en el pecado, que “es la pura nada”, y alejados de Dios<sup>84</sup>. Esta sombría realidad lleva a

74. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 5.

75. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 72, 3.

76. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

77. *Ibíd.*

78. *Ibíd.*, *Tratado sobre el amor de Dios*, 36.

79. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 2, 8.

80. *Ibíd.*

81. *Ibíd.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

82. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 1, 3.

83. *Ibíd.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 82, 5.

84. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 8, 2.

Bernardo a concluir que “el alma está sometida a sí misma cuando sigue su propia voluntad, disfrutando de una desastrosa libertad”<sup>85</sup>.

La *voluntas propria* “fue quien se entregó de nuevo al poder de las tinieblas y la que nos sometió al imperio de la muerte”<sup>86</sup> y, de hecho, la trinidad creada en el hombre, imagen de la Trinidad increada, por su voluntad propia se alejó de aquella de la que era imagen, encontrándose con otra trinidad opuesta y repugnante: su memoria se hizo impotente y débil, su razón imprudente y tenebrosa y su voluntad devino impura y manchada...

La bienaventurada y sempiterna Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— es un solo Dios, poder, sabiduría y bondad suprema. Pero ha creado otra trinidad a su imagen y semejanza, el alma racional, la cual incluye la memoria, inteligencia y voluntad; y por ello es como una huella de aquella soberana Trinidad. Y la creó así para que, si permanecía fiel a él, encontrara su felicidad en esta participación; y si se alejaba de él se sintiera desdichada en todas partes. Esta trinidad creada prefirió caer impulsada por su propia voluntad, a mantenerse libremente en amistad con su Creador. Inducida por la sugestión, el placer y el consentimiento, se alejó de aquella suprema y admirable Trinidad, que es el poder, la sabiduría y la pureza; y se encontró con otra trinidad opuesta y repugnante: la debilidad, la ceguera y la inmundicia<sup>87</sup>.

La voluntad propia “es una grave desgracia por la que nuestras buenas obras dejan de ser buenas para nosotros”<sup>88</sup>, y aunque aparentemos vivir bien, las observancias monásticas animadas por la voluntad propia no satisfacen al Esposo<sup>89</sup>. Al resecar el corazón, la propia voluntad es fuente de murmuración ante cualquier mandato<sup>90</sup>, y al hacerla objeto de nuestra meditación, en vez de la ley del Señor, se convierte en vertiente de la dureza del corazón y de la impenitencia del alma<sup>91</sup>. Cuando infecta realidades buenas como la pobreza, rodeándola de egoísmo y de placeres, la carcome convirtiéndola en una mera ilusión<sup>92</sup>, y a todo aquel que le pide consejo le enseña lo que le es propio: a no ser indulgente con su naturaleza, a no doblegarse ante

---

85. *Ibíd.*

86. *Ibíd.*, 11, 2, 3.

87. *Ibíd.*, 45, 1.

88. *Ibíd.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 71, 13.

89. *Ibíd.*

90. *Ibíd.*, 51, 3.

91. *Ibíd.*, *Sermones sobre la Cuaresma*, 2, 5.

92. *Ibíd.*, *Sermones en la fiesta de los Santos Abades*, 3, 3.

la sensatez, a prescindir del consejo y del ejemplo de los mayores, y a no obedecer al superior<sup>93</sup>.

Todos estos efectos negativos de la voluntad propia encuentran su resumen en el hecho de que ella es lo único que nos separa de Cristo<sup>94</sup>, “y la única que en definitiva puede condenar nuestra alma”<sup>95</sup>.

## 5. Remedios.

Toda esta prolija doctrina sobre la *voluntas propria* quedaría incompleta si Bernardo sólo se hubiera preocupado de definir su realidad y describir sus efectos funestos, sin esclarecer posibles vías de superación. Pero no, su larga experiencia pastoral le dio la oportunidad de desarrollar el aspecto de los remedios contra la voluntad propia, y los frutos positivos que se siguen de su vencimiento. Si la *Regla de San Benito* ponía el énfasis en el precepto de negar la propia voluntad, sin explicitar detalladamente el cómo, Bernardo da un paso más explicando a su auditorio, mayoritariamente monástico, las formas de llevar a cabo tan ardua empresa.

Los remedios aconsejados tienen múltiples aspectos, pero todos se enderezan a un mismo fin. Un primer medio lo encuentra en seguir el consejo del Apóstol Pablo sobre el amor mutuo, lo cual equivale a imitar a Dios, o sea, vivir según su misma ley de caridad: “Los que cumplen el consejo del Apóstol: *No tengan otra deuda con nadie que la del amor mutuo (Rm 13, 8)*, imitan a Dios en este mundo y no son esclavos ni mercenarios, sino hijos”<sup>96</sup>; recuérdese que para el Abad de Claraval la voluntad propia es precisamente la ley propia de los esclavos y asalariados<sup>97</sup>. La misma idea de la imitación aparece en el contexto en que la voluntad propia es concebida como la lepra horrorosa del alma, “cuyo único remedio es sumergirse en el Jordán e imitar a aquel que no quiso hacer su voluntad, y dijo antes de morir: *No se haga mi voluntad sino la tuya (Lc 22, 44)*”<sup>98</sup>.

93. *Ibíd.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 19, 7.

94. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 11, 1.

95. *Ibíd.*, 11, 3.

96. *Ibíd.*, *Tratado sobre el amor de Dios*, 36.

97. *Ibíd.*

98. *Ibíd.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 3.

La lucha contra la *voluntas propria* es tarea de todos los días y de toda la vida, pero, y en esto Bernardo sigue a la *Regla de San Benito*, sobre todo debe intensificarse durante el tiempo de Cuaresma, “el sacramento de nuestra vida”; en este santo tiempo privilegiado no sólo debemos ayunar de comida, conversación, bromas, etc.<sup>99</sup>, sino también que “ayune el alma, sobre todo, de los vicios y de su propia voluntad”<sup>100</sup>.

La voluntad propia porque busca lo suyo se aparta sistemáticamente de lo común. En un Sermón donde Bernardo comenta una de las multiplicaciones de los panes efectuadas por el Señor Jesús para dar de comer a una muchedumbre, recuerda que todos aquellos que se separaron de la multitud se privaron de los frutos del milagro de Cristo. La misma suerte corren estos otros que se apartan de los demás refugiándose en los *ángulos* o rincones de la voluntad propia:

Os pedimos, pues, hermanos, y os advertimos pastoralmente que no andéis buscando los rincones, la oscuridad, o los lugares escondidos (...). Por eso os pido y os ruego, hermanos míos, que evitéis toda especie de falsedad y los recovecos de la propia voluntad. Huid de la ansiedad y de la ligereza. Esquivad la intransigencia y el vicio detestable de la singularidad. Y de este modo no privaréis a vuestras almas de comer el pan bendito<sup>101</sup>.

Relacionado con el tema de los ángulos y escondrijos, aparece el consejo de buscar a Cristo (la Verdad) donde se lo puede encontrar: está presente en la voluntad común, la cual según hemos visto, es frontalmente opuesta a la voluntad propia: “A la verdad no le gustan los rincones ni los escondrijos. Está en medio, esto es en la observancia, en la vida común y en la voluntad de la mayoría”<sup>102</sup>. En esta búsqueda de Cristo por el camino correcto viene en nuestra ayuda la misma Escritura, pues Dios envió “la escritura de los dos Testamentos, o sea los predicadores adornados por la doble caridad”<sup>103</sup> con el fin de allanar el castillo de la *voluntas propria*.

La agitación interior que caracteriza a la voluntad propia encuentra su sosiego sólo mediante el ordenamiento de los afectos y el gustar de Dios: “Este tumulto de deseos carnales, este tumulto de la

99. *RB* 49.

100. BERNARDO de CLARAVAL, *Sermones sobre la Cuaresma*, 3, 4.

101. *Ibid.*, *Sermones en el domingo sexto después de Pentecostés*, 1, 3.

102. *Ibid.*, *Sermones en la Ascensión del Señor*, 6, 13.

103. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 24.



propia voluntad, no puede cesar en ti hasta que se transforme el afecto carnal y saborees a Dios<sup>104</sup>.

El tema de la renuncia a la voluntad propia tiene en la obra de San Bernardo diversos matices, todos caracterizados por cierta nota de decisión. Cuando realizamos alguna obra buena y la voluntad propia nos arrastra en otra dirección, sólo conviene un camino posible: cortarla mediante la negación de nuestro consentimiento... "Si estamos realizando unas obras buenas, y la voluntad propia nos arrastra a otras, la mano nos está escandalizando. Debemos cortarla y arrojarla lejos de nosotros, negándole el consentimiento"<sup>105</sup>. Igual consejo dirige Bernardo a todos aquellos que siguen siempre su voluntad, tanto si es buena como si es mala, y toman el camino del bien o del mal según el impulso de sus deseos: "Les sería mucho más provechoso seguir siempre las inspiraciones de la gracia, y cuando se interfiere la voluntad propia, cortarla y arrojarla de sí mismos"<sup>106</sup>.

Para todo cristiano consciente de su situación, y particularmente para el monje, la renuncia (o mortificación) a la propia voluntad es más que un mandato, es una "cautividad elegida"<sup>107</sup>, pues la realidad nos convence de que, porque hemos pecado "ofendiendo al Señor, entregándonos nuevamente a Satanás y a sus obras, sometiendo deliberadamente nuestra cerviz al yugo de su iniquidad y aceptando una mísera servidumbre" ... "nos conviene recibir un nuevo bautismo, debemos firmar un nuevo pacto y hacer una nueva profesión", pues "ya no basta renunciar al diablo y a sus obras, sino que debemos renunciar también al mundo y a la propia voluntad"<sup>108</sup>.

Sin embargo, la renuncia a la propia voluntad no es un fin en sí, sino un medio que nos dispone para mejores cosas. Renunciar a la propia voluntad nos dispone para vencer al temible enemigo que es el orgullo: "Para combatir la soberbia el medio más eficaz es renunciar a la propia voluntad; pero quien ama la vanidad de este mundo, es incapaz de extirparla"<sup>109</sup>, e igualmente es uno de los escalones para subir en el camino del Señor<sup>110</sup>. La misma idea desarrolla Bernardo en las *Sentencias*:

104. *Ibid.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

105. *Ibid.*, *Sermones en la fiesta de San Miguel*, 2, 3.

106. *Ibid.*, 2, 4.

107. *Ibid.*, *Sermones sobre el Salmo XC*, 9, 1.

108. *Ibid.*, *Sermones varios*, 11, 3.

109. *Ibid.*, 40, 7.

110. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 95.

Por el mismo camino por el cual bajó debe subir a través de pasos correspondientes, pero con un orden cambiado, tanto que el primer grado de subida es renunciar a las cosas del siglo; el segundo, mortificar la carne; el tercero, abdicar la propia voluntad. Estas son las tres jornadas por las cuales volveremos a Cristo<sup>111</sup>.

Al igual que en la *Regla de San Benito*, en la obra de Bernardo de Claraval la voluntad propia es ampliamente relacionada con el tema monástico de la obediencia y, en efecto, muchos de los remedios propuestos están nucleados y ordenados en un contexto obediencial. Por ejemplo, la obediencia "debe ser humilde y estar limpia de propia voluntad"<sup>112</sup>, y aunque en ciertos casos no sea reprehensible desear que se nos mande aquello que nos gusta, no obstante, el negar sus gustos a la voluntad propia es superior:

también está permitido, sin poner en peligro la salvación, intentar que el superior te mande lo que tú deseas, con tal que actúes con paciencia y lealtad; pero lo superas con creces si huyes de todo cuanto halaga a la propia voluntad, siempre que esto lo permita una conciencia recta<sup>113</sup>.

La verdadera obediencia es fuente de sabiduría y se caracteriza por prescindir de la propia voluntad y aceptar el mandato de otro:

Derrocha obediencia y recibirás sabiduría (...) Si quieres ser sabio, sé obediente. La obediencia ignora la propia voluntad, pero acata la voluntad de otro y cumple sus órdenes. Abraza, pues, con la mayor convicción de tu alma y apóyote de tu cuerpo; abraza; insisto, el bien de la obediencia y llégaras por ella a la luz de la Sabiduría<sup>114</sup>.

Su perfección la demuestra precisamente en el hecho de mortificar la voluntad propia<sup>115</sup>: "La obediencia es un patíbulo, porque todo el que quiera ser un perfecto obediente está como en un patíbulo, porque actúa asiduamente contra sus voluntades"<sup>116</sup>. Bajando al terreno práctico, a todo aquel que se enfrenta con un mandato exterior, Bernardo le aconseja: "recíbanse con la voluntad los mandatos de los superiores, y evítese que el corazón haga reflexiones personales; hasta llegar a sacrificar la voluntad propia y amar el precepto del

111. *Ibid.*

112. *Ibid.*, *Sermones en la fiesta de los Santos Abades*, 3, 4.

113. *Ibid.*, 5.

114. *Ibid.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

115. *Ibid.*, *Sermones varios*, 15, 5.

116. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 10.

superior", pues "obedecer con gusto es cumplir de manera voluntaria la voluntad de los superiores"<sup>117</sup>.

## 6. Frutos de la renuncia a la voluntad propia

Como el efecto sigue a su causa, así todo aquel que pone por obra los remedios sugeridos contra la voluntad propia cosecha sus frutos.

San Bernardo es consciente de que la lucha contra la *voluntas propria* no es algo puntual, de un día, y que probablemente en esta vida nunca llegaremos a vencerla del todo; sin embargo, también sabe que la perseverancia en la lucha llega a dominarla un poco, sus asaltos se hacen más esporádicos y como fruto podemos con más facilidad someternos a Dios: "A fuerza de dominar durante largos años nuestra propia voluntad logramos domarla un poco. Se rebela mucho menos y nuestro espíritu se somete a Dios sin resistirle ni contradecirle"<sup>118</sup>.

El no cumplimiento de la propia voluntad hace al hombre humilde y sencillo<sup>119</sup>, y la muerte a sus inspiraciones es el signo inequívoco de la auténtica pureza interior:

Nadie puede ufanarse de haber logrado una pureza de corazón tan profunda como aquel que rechaza de plano cualquier tipo de aplauso mezquino. La gloria de Dios y el provecho del prójimo son incompatibles con la propia estima. Sólo puede estar seguro de la auténtica pureza interior aquel que es capaz de decir con el Señor: *Si buscarse mi propia gloria, mi gloria no sería nada* (Jn 8, 54). Y también con el Apóstol: *Para mí, vivir es Cristo y morir ganancia* (Flp 1, 21). O con el Profeta: *Me han olvidado como a un muerto de corazón* (Sal 30, 13); es decir, de la propia voluntad<sup>120</sup>.

Así como la voluntad propia nos incapacitaba para relacionarnos con los hermanos, el renunciar a ella nos devuelve la posibilidad de vivir concordes con quienes comparten nuestra misma naturaleza y el mismo discipulado: "quienes han aprendido del maestro a dominar su propia voluntad, pueden vivir en armonía con sus discípulos"<sup>121</sup>. Al mismo tiempo la verdadera actitud de discípulo,

117. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 41, 4.

118. *Ibíd.*, *Sermones en la fiesta de San Miguel*, 2, 4.

119. *Ibíd.*, *Sentencias, tercera serie*, 24.

120. *Ibíd.*, *Tratado sobre el ministerio episcopal*, 11.

121. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 92, 2.

exenta de toda aleación con la propia voluntad, nos hace gratos a Dios, pues "el Altísimo recibe con preferencia la ofrenda que no procede de la voluntad propia, sino de la voluntad del que manda"<sup>122</sup>.

En el camino de recuperación del hombre, la renuncia a la voluntad propia, a causa de la cual gozaba de una "desastrosa libertad"<sup>123</sup>, tiene una importancia fundamental, pues reporta como fruto la recuperación de la libertad: "Escucha este consejo", dice Bernardo: "Quien quiere seguir a Cristo, niéguese a sí mismo, o a su voluntad propia, y recuperará la libertad"<sup>124</sup>.

No seguir los impulsos del propio corazón tiene también un contenido de testimonio, pues al renunciar a la propia voluntad aceptando la voluntad divina, damos testimonio de la bondad de Dios:

Si llegas a renunciar a tu propia voluntad, das un testimonio innegable de la bondad divina. Porque al no hacer tu voluntad, sino la suya, ensalzas magníficamente ésa que tú prefieres y estás proclamando, *no con palabras ni con la boca, sino con obras y de verdad (1Jn 3, 18)*, que sólo Dios es bueno (Lc 18, 19)<sup>125</sup>.

De la misma manera la renuncia a la propia voluntad es prueba clara de que imitamos a Pablo Apóstol y demostración de verdadero discipulado de Cristo:

Si renuncias a tu propia voluntad, si rechazas perfectamente la voluptuosidad corporal, si crucificas tus vanos instintos con sus pasiones y deseos, y extirpas además lo que hay en ti de terreno, probarás que imitas a Pablo, porque la vida para ti no cuenta nada. Y demostrarás que eres discípulo de Cristo, incluso perdiendo ventajosamente tu vida<sup>126</sup>.

## 7. Ejemplos positivos y negativos

Así como las imágenes y símbolos aplicados a la voluntad propia infundían vida a los contenidos expresados en las definiciones descriptivas, de la misma manera en la obra de Bernardo aparecen varios ejemplos positivos y negativos de voluntad propia que materializan los frutos positivos unos y los efectos característicos de la propia voluntad otros.

122. *Ibid.*, 40, 7.

123. *Ibid.*, 8, 2.

124. *Ibid.*, 63.

125. *Ibid.*, *Sermones varios*, 111, 6.

126. *Ibid.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 30, 10.

De igual forma que la propia voluntad podía tener su aspecto positivo como facultad orientada al bien, así Cristo mismo es presentado como ejemplo de renuncia a la voluntad propia positiva con el fin de hacerla más perfecta todavía: “su voluntad se hizo común con el Padre, consigo mismo —*se ofreció porque quiso* (Is 53, 7)— y con nosotros”<sup>127</sup>. También el patriarca Abraham es presentado como ejemplo de hombre sumiso a los preceptos divinos, “obediente con toda su voluntad, e incluso en contra de su voluntad”, pues “por mandato del Señor sale de su casa, despide a la esclava y a su hijo, y está dispuesto a sacrificar a su querido hijo Isaac”<sup>128</sup>. También Jesús Niño es modelo de obediencia por su sumisión a María y José al bajar con ellos a Nazaret<sup>129</sup>.

Bernardo mismo puede ser considerado como ejemplo positivo de renuncia a la propia voluntad cuando, viéndose apreciado por el Papa Eugenio III, se cuida de aprovechar el hecho para satisfacer sus intereses personales:

Hacéis muy bien en consolarme de mis enojos y en sostener mi flaqueza con vuestras atenciones, no dejando nunca de oírme favorablemente durante los pocos días que me quedan de vivir sobre la tierra; hacéis muy bien en tratarme tan amorosamente: no como yo merezco sino cual conviene a vuestra grandeza y bondad. Me guardaré muy mucho de abusar de vuestra extremada benevolencia, haciéndola servir para mis intereses particulares (*ad-usum propriae voluntatis*), y estoy aparejado para recibir con la misma igualdad de ánimo vuestros reproches que vuestras gracias y mercedes<sup>130</sup>.

Esta misma actitud ya había brillado en otros personajes bíblicos como Jeremías y San Pablo, quienes por amor a los suyos sabían olvidarse de sus propias conveniencias:

Así también Jeremías, indisolublemente ligado a los suyos con los lazos de la compasión, aunque reprobando su rebelión, prefirió desterrarse del suelo natal y perder su libertad (*propriam voluntatem*) antes que abandonarlos a su triste destino; y pudiéndose quedar en su patria, al ser los suyos llevados al cautiverio prefirió ser cautivo con ellos, sabiendo que su presencia les sería necesaria durante su aflictiva cautividad. Pablo, llevado de ese mismo espíritu, deseaba ser apartado de Cristo por sus hermanos, manifestando por su propio afecto cuán verdadera es aquella sentencia: *El amor es fuerte como la muerte, recio como el infierno es el cielo* (Ct 8, 6)<sup>131</sup>.

127. *Ibid.*, *Sermones en el día de Pascua*, 3, 5.

128. *Ibid.*, *Sermones en la fiesta de San Martín*, 8.

129. *Ibid.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 19, 7.

130. *Ibid.*, *Epístola* 280, 1.

131. *Ibid.*, *Epístola* 78, 2.

El mismo impío, esclavo de su voluntad propia, se convierte en ejemplo positivo cuando, iluminado por Dios, renuncia a ella encontrando el sosiego, abrazando la obediencia y gozándose en Dios:

A la luz de la sabiduría se dice que los impíos eliminan todo tumulto, porque al gustar qué sabroso es el Señor, dejan al punto de ser impíos; adoran desde ese instante al Creador y no a la criatura. Y cuando renuncian a la voluntad propia, en ese mismo instante se liberan de la excitación tumultuosá. Alejado ya todo tumulto de afecciones y estrépito de fantasías, se afianza la paz en su interior y comienza Dios a habitar en tí, porque *su lugar se ha vuelto pacífico* (Ct 8, 6). Donde está Dios hay alegría y donde está Dios hay sosiego; donde está Dios hay tranquilidad. Por eso, la obediencia es algo que se debe anhelar y pedir; por ella se llega a ese estado de sabiduría donde no hay dolor, sino alabanza por siempre<sup>132</sup>

Ejemplo positivo de quien pone su propia voluntad al servicio de los demás es también el caballero Templario, "que no se deja llevar por la voluntad de su propio corazón, sino que acoge lo que le mandan con toda sumisión"<sup>133</sup>.

Los ejemplos negativos también son de dos órdenes, generales y personalizados. Al esclavo de su propia voluntad Bernardo lo dibuja llénõ de vicios: "rinde culto a la avaricia, está ansioso de gloria y le domina la ambición"<sup>134</sup>, son verdaderos "engendros de la incredulidad, entregados sin reserva a los placeres carnales y a su propia voluntad"<sup>135</sup>, cuya desgracia está en que, como cosidos a su voluntad propia, sólo saben imitar al demonio cuya existencia es un girar perpetuo (*Jb* 1, 7; 2, 2; *IP* 5, 8):

¡Ay del hombre que sólo sabe girar de esa manera, sin salir nunca de su propia voluntad! Si te empeñas en arrancarle de ella, parecerá que avanza, pero en vano. Es un mero rodeo; sólo intenta cambiar de sitio, sin arrancarse nunca de sí mismo. Se esfuerza de mil maneras, quiere huír; pero siempre está cosido a su propia voluntad<sup>136</sup>.

A estos pobres hombres Bernardo no duda en llamarlos "pollinos de asno libres y sueltos"<sup>137</sup>.

Dentro del mundo monástico los novicios que toman consejo de su propia voluntad también son presentados como un ejemplo negativo:

132. *Ibid.*, *Sermones en la Epifanía del Señor*, 4, 7 (*Sermón vario*).

133. *Ibid.*, *Libro sobre las glorias de la nueva milicia, a los caballeros templarios*, 7.

134. *Ibid.*, *Sermones en la Asunción de la Bienaventurada Virgen María*, 2, 6.

135. *Ibid.*, *Sermones varios*, 1, 3.

136. *Ibid.*, *Sermones sobre el Salmo XC*, 12, 1.

137. *Ibid.*, *Sentencias, tercera serie*, 94.

Si os confiasteis un día a nuestra solicitud, ¿por qué volvéis a gobernaros a vosotros mismos? Tomáis de nuevo consejo, no de mí, sino de vuestra propia voluntad, por la que tantas veces ofendisteis a Dios, según lo atestiguan vuestras conciencias (...) ¿Es que ignoráis que *obedecer vale más que un sacrificio* (1R 15, 22)?<sup>138</sup>.

Generalizando más encontramos el ejemplo de la trinidad creada, que por su propia voluntad prefirió caer a seguir siendo imagen del que la creó<sup>139</sup> y, a fin de cuentas, todo hombre es en algún momento de su vida ejemplo negativo de su voluntad propia, pues todos “hemos experimentado hasta la evidencia los halagos de este mundo falaz y la debilidad de nuestra voluntad”<sup>140</sup>.

Los ejemplos negativos toman rostro en el Apóstol Tomás quien, apartado de los demás Apóstoles no podía encontrar a Cristo: “Te engañas, Tomás, te engañas si pretendes ver al Señor alejándote del Colegio Apostólico (...) ¿Hasta cuándo, miserable, irás haciendo rodeos, y buscarás con tanto afán e ignominia satisfacer tu propia voluntad?”<sup>141</sup>, y en Eva, quien cayó no por el hecho de la tentación ni por el tentador, sino por el consentimiento de su propia voluntad:

El sexto pecado fue el de Eva al ser reprendida por el Señor y responder: *La serpiente me engañó y comí* (Gn 3, 13). ¡Qué bien se desliza en palabras maliciosas buscando excusas a su pecado (Sal 140, 4)! Remite la culpa a la serpiente como si ella estuviera libre de culpa, y en realidad, de nada hubiera valido la sugestión de la serpiente si ella hubiera negado el asentimiento de su voluntad<sup>142</sup>.

Las páginas precedentes nos han mostrado, siguiendo la doctrina bernardiana, el puesto central que tiene la lucha contra la *voluntas propria* en el camino de recobrar la semejanza divina herida por el pecado. La propia experiencia nos muestra la fragilidad de nuestra voluntad y la necesidad de la ayuda de la gracia para poder servir íntegramente a Cristo, el verdadero rey. ¿No es esto acaso lo que Bernardo expresa al orar:

138. *Ibíd.*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 19, 7.

139. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 45, 1.

140. *Ibíd.*, 11, 3.

141. *Ibíd.*, *Sermones en la Ascensión del Señor*, 6, 13.

142. *Ibíd.*, *Sermones varios*, 66, 3.

Señor, Dios mío, ¿por qué no perdonas mi pecado y borras mi culpa (Jb 7, 21)? Haz que arroje de mí el peso abrumador de la voluntad propia y respire con la carga ligera de la caridad. Que no me obligue el temor servil ni me consuma la codicia del mercenario, sino que sea tu espíritu quien me mueva. El espíritu de libertad que mueve a tus hijos, dé testimonio a mi espíritu de que soy uno de ellos, que tengo la misma ley que tú y que soy en este mundo un imitador tuyo<sup>143</sup>.

Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles  
C. C. 34 – 7300 Azul (B)  
Argentina

Roberto PEÑA, ocsa



143. *Ibíd.*, *Tratado sobre el amor de Dios*, 36.